UNA NOCHE DE ESTRENO

IMPRESIONES DEL AUTOR.

Van á dar las ocho. Dentro de cinco minutos levantarán el telón. Maquinistas, director, mozo de accesorios: todo el mundo está en su puesto. Los actores de la primera escena se preparan para la salida y se colocan en sus actitudes respectivas. Miro la última vez por el agujero del telón. La sala está llena; mil quinientas cabezas dispuestas en anfiteatro, riéndose y agitándose en-

tre las luces. Hay entre ellas algunos *morenos* á quienes reconozco vagamente, pero su fisonomía parece muy cambiada. Tienen acicaladas aposturas, talantes de arrogancia, dogmáticos, y asestan ya sus gemelos para apuntarme con ellos como si fuesen pistolas. Verdad es que en un rincón hay algunos rostros queridos, pálidos de angustia y de espectación; pero, en cambio, ¡cuántos indiferentes ó mal predispuestos! Y todo cuanto esas gentes traen aquí desde fuera, esta masa de inquietudes, de distracción, de preocupaciones, de desconfianzas... decir que es preciso desvanecer todo eso, cruzar por entre esa atmósfera de aburrimiento ó de malquerencia, infundir en esos miles de seres un pensamiento común, y que mi drama no puede existir sino

encendiendo su vida en todos esos pares de ojos inexorables... Quisiera aguardar aún, impedir que alzasen el telón. Pero, no; es demasiado tarde. Ya han dado los tres golpecitos, preludia la orquesta...; después un silencio profundo, y una voz que oigo desde bastidores, sorda, lejana, perdida en la inmensidad de la sala. Es mi pieza, que comienza. ¡Ah, triste de mí! ¿Qué es lo que he hecho?...

Terrible momento. No sé á dónde ir, ni qué hacer. Quedarme aquí, arrimado á un forillo, con oído avizor y el corazón opreso; animar á los actores cuando tanta falta hace que le alienten á uno mismo, hablar sin saber lo que se dice, sonreirse teniendo en los ojos el extravío del pensamiento preocupado... ¡Un demonio! Prefiero escurrirme á la

sala y mirar frente á frente el peligro.

Oculto en el fondo de una platea, trato de fingir que soy un espectador suelto, indiferente, como si no hubiese visto flotar en torno de mi obra todo el polvo de esas tablas durante dos meses, como si no hubiese dirigido yo mismo todos esos ademanes, todas esas voces y los menores detalles de la dirección de escena, desde el mecanismo de las puertas hasta el aumento de luz del gas. Es una extraña impresión. Querría escuchar, pero no puedo. Todo me molesta, todo me perturba. Llaves introducidas bruscamente en las puertas de los palcos, rebullicio de sillas, accesos de tos que se amparan unos á otros y se responden entre sí, rumores de abanicos y de telas que se estrujan, un

montón de ruiditos que me parecen enormes. Luego, hostilidad en los gestos y actitudes, dorsos que no parecen satisfechos, codos aburridos que se mueven de acá para allá y parecen tapar toda la decoración.

Un jovenzuelo con gafas toma notas delante de mí con grave aspecto, y murmura:

—Esto es inocente.

En el palco inmediato charlan en voz baja:

—Ya sabe V. que es para mañana.

—¿Para mañana?

—Sí, mañana sin falta.

Parece que el mañana importa muchísimo á esas gentes. ¡Y yo que sólo pienso en el hoy!... A través de esta confusión no llega ni hace blanco una sola siquiera de mis frases. En lugar de subir y llenar los

ámbitos de la sala, la voz de los actores se queda en las candilejas y cae pesadamente dentro de la concha del apuntador, en medio del brutal estrépito de la alabarda... ¿Por qué se enfadará tanto aquél caballero de allá arriba? Decididamente, tengo miedo. Me largo de aquí.

Ya estoy fuera. Llueve, está oscuro; pero yo no advierto nada de esto. Los palcos y las galerías dan vueltas aún delante de mí con sus filas de cabezas luminosas; y en medio el escenario como un punto fijo, deslumbrador, que se oscurece á medida que me alejo. Por más que ando, que me muevo, siempre veo aquel maldito escenario; y la pieza, que me sé de memoria, continúa representándose y arrastrándose lúgubremente en el fondo de mi cere-

bro. Es como una pesadilla que llevo conmigo y con la cual mezclo las personas que me tropiezan, el lodazal y el ruido de la calle. En una esquina del bulevard me deja suspenso, me hace palidecer el silbido de un pito. ¡Imbécil! Es una parada de ómnibus... Y sigo, anda que te anda, y mientras tanto llueve que te lloverás. Me parece que también por allá abajo llueve sobre mi drama, que todo se despega y se cala; y que mis personajes, avergonzados y corridos, vienen tras de mí chapoteando sobre las aceras lustrosas con el gas y el agua.

Para librarme de tan negras ideas, entro en un café. Trato de leer; pero las letras se cruzan, saltan, se alargan, giran. Ya no sé ni siquiera el significado de las palabras: todas me parecen extravagan-

tes, vacías de sentido. Esto me recuerda una lectura á la cual me entregué en el mar, hace algunos años, un día de temporal. Bajo el asiento lleno de agua en que me arrellané, había encontrado una gramática inglesa; y allí, entre la balumba de las olas y de los mástiles descuajados, por no pensar en el peligro, para no ver esas masas de agua verdosa que se desplomaban sobre cubierta desparramándose, me absorbía con todas mis fuerzas en el estudio de la letra *th* inglesa; pero, por más que leía en alta voz, repitiendo á gritos las palabras, no podía meterme nada en la cabeza, aturdido por los rugidos del mar y por el agudo silbo de la tramontana en lo alto de las vergas.

El periódico que tengo ahora ante mí me parece tan incomprensible

como mi gramática inglesa. Sin embargo, á fuerza de fijarme en esta grande hoja de papel que tengo delante, veo desarrollarse en ella con líneas cortas y amazacotadas los artículos de mañana, y mi pobre nombre bregando entre cambroneras de espinas y olas de tinta amarga... De pronto quitan gas; van á cerrar el café.

¡Ya! ¿Pues qué hora es?... Los bulevares están llenos de gente. Salen de los teatros. De seguro que se cruzan conmigo personas que han visto mi obra. Quisiera preguntar, saber; y al mismo tiempo paso á escape, para no oir las reflexiones en voz alta y las gacetillas en plena calle. ¡Ah, qué felices son todos esos que vuelven á su casa y no han escrito piezas!... Heme aquí delante del teatro. Todo está cerra-

do, á oscuras. Decididamente, esta noche no sabré nada; pero siento una inmensa tristeza ante los carteles mojados y los candelabros que aún pestañean un poco de luz ante la puerta. Este gran edificio que hace poco vi llenar de ruido y de luz toda esta esquina del bulevard, se encuentra ahora mudo, en tinieblas, desierto, chorreando agua como después de un incendio... ¡Vamos, acabóse! Seis meses de trabajo, de ensueños, de fatigas, de esperanzas; todo esto se ha quemado, perdido, diseminado, con las llamas de gas de una velada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA SOPA DE QUESO

Es un cuartito del piso quinto, una de esas buhardillas sobre cuyas vidrieras cae á plomo la lluvia, y que, al llegar la noche como ahora, parecen desvanecerse con los tejados en las tinieblas y entre las rachas del vendaval. La habitación es buena y cómoda, sin embargo, y al entrar allí se experimenta no sé qué sensación de bienestar, á cuyo aumento contribuyen el ruido del viento y los torrentes que vomitan las canales. Se creería estar dentro de un nido bien abrigado en lo alto de un árbol corpulento. Por ahora